

Fiesta del Bautismo del Señor C2024

Después del nacimiento de nuestro Señor Jesús en Belén, su revelación a los magos y la presentación en el templo, tuvo que ser bautizado por Juan en el río Jordán. El bautismo por Juan Bautista fue un momento importante en la vida del pueblo judío. Los Padres de la Iglesia han explicado que por primera vez en su historia, el pueblo judío tomó conciencia de sus pecados y de la necesidad de arrepentimiento, como resultado de la predicación de Juan. Por esta razón todos los niveles de la sociedad acudían al Jordán para ser bautizados.

Pero para nuestro Señor, el bautismo era más que un simple ritual de purificación. Por su bautismo, nuestro Señor se identificó con su pueblo necesitado de conversión y cambio ante Dios. El bautismo fue también un momento importante en la vida de nuestro Señor que revelaría su verdadera identidad y marcaría el final de su vida privada y el comienzo de su ministerio público.

Nuestro Señor cumplirá este ministerio en la línea de los profetas del Antiguo Testamento como escuchamos por boca de Isaías. Por eso, la primera lectura recapitula la misión del siervo del Señor, enviado a consolar al pueblo de Dios, a hablar con ternura al corazón de Jerusalén y a proclamar un tiempo de expiación del pecado.

Con su encarnación en el mundo, nuestro Señor ha cumplido esta profecía de Isaías al traernos la salvación de Dios. Nos ha librado de la iniquidad y nos ha limpiado de nuestros pecados para que nos convirtamos en pueblo de Dios, deseoso de hacer el bien. En él, Dios ha manifestado su misericordia hacia nosotros y nos ha salvado mediante el baño del bautismo y nos ha renovado mediante la efusión del Espíritu Santo. Por medio de él, Dios nos ha salvado para que seamos justificados por su gracia y nos convirtamos en herederos en la esperanza de la vida eterna.

Nuestro Señor nos ha obtenido todas estas gracias con su encarnación en el mundo. Sin embargo, hay una pregunta: dado que, como Hijo de Dios, nació sin intervención humana, ¿nuestro Señor realmente necesitaba ser bautizado? Ciertamente, nuestro Señor no tenía pecado. Si es así, ¿por qué se dejó bautizar, mientras que el bautismo de Juan era para el arrepentimiento y el perdón de los pecados?

Estas son las preguntas que cada uno de nosotros debe plantearse si quiere comprender la verdadera identidad de nuestro Señor. En realidad, nuestro Señor no necesitaba verdaderamente un bautismo de arrepentimiento de los pecados para la conversión del corazón. Él aceptó ser bautizado para identificarse con nosotros y darnos un ejemplo de sumisión y obediencia al Padre.

De aquí en adelante, sabemos que cualquier amistad con Dios comienza con la conversión del corazón. Al dejarse bautizar, nuestro Señor quiere enseñarnos que nadie puede pertenecer a Dios sin renunciar a sus pecados. A lo largo de su ministerio, nuestro Señor insistirá en la necesidad de la conversión y el arrepentimiento del pecado para pertenecer al Reino de Dios. Aunque el Reino de Dios es un don, requiere, sin embargo, nuestra conversión de corazón y nuestra fe en nuestro Señor Jesús.

Además, al dejarse bautizar, el Señor da al bautismo un nuevo valor para sí y para nosotros. En efecto, el Bautismo fue para el Señor una oportunidad que el Padre aprovechó para revelar su identidad al mundo. Como dice el Evangelio, en ese preciso momento, una voz vino del cielo y dijo: «Tú eres mi Hijo, el predilecto; en ti me complazco».

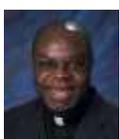
En su bautismo, nuestro Señor recibió del cielo la seguridad de su identidad y su misión. Al hacerlo, el Padre nos da la certeza de que nuestro Señor es su Hijo, enviado para ser nuestro redentor y salvador del mundo. Al dejarnos bautizar como él, somos santificados y hechos hijos e hijas de Dios.

Por eso, en el sacramento del bautismo somos limpiados del pecado original e introducidos en la familia de los hijos de Dios, que es la Iglesia. Quien se deja bautizar recibe el perdón de sus pecados y la vida de los hijos de Dios en él.

Todo el cuadro del bautismo de nuestro Señor nos enseña algo sobre la naturaleza de Dios como un Dios Trinitario. La voz que vino del cielo y declaró: “Tú eres mi hijo amado”, era la del Padre. El Espíritu Santo que descendió como una paloma sobre Jesús era el Espíritu del Padre. Así, en el bautismo de nuestro Señor, Dios se revela al mundo de una manera más plena que a los pastores o a los magos en el nacimiento de nuestro Señor. Revela su presencia como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por eso nuestro Señor ha recomendado a sus discípulos que bauticen en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Al celebrar hoy el bautismo de nuestro Señor, recordemos las gracias que hemos recibido en nuestro propio bautismo y renovemos nuestros votos bautismales. Pidamos a nuestro Señor que nos haga fieles a nuestras promesas bautismales. Que nos dé el valor de cambiar nuestras vidas, rechazar a Satanás y sus promesas vacías, y creer en él cuando se nos revela como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Que nos ayude a vivir abiertamente los compromisos de nuestro bautismo. Amén.

Isaías 40: 1-5, 9-11; Tito 2: 11-14; 3: 4-7; Lucas 3: 15-16, 21-22



Fecha de la Homilía: el 12 de Enero, 2025
© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250112homilia.pdf